

El mito de origen negro en la plástica cubana

Martha Teresa Ximeno y Dueñas*

No hay culturas sin mitos. Si bien en la etapa del pensamiento precientífico el mito cumplió la función de explicar los fenómenos naturales que de otra forma hubieran resultado inexplicables, y que fueron aprehendidos por el hombre de esta manera, la evolución de la ciencia, la técnica y el propio pensamiento humano fue dotando al mito de otra connotación mucho más poética en tanto éste se fue arraigando en las masas del pueblo que lo recibió como herencia y que lo utilizó, si bien de forma distinta a la original, para darle una nueva dimensión a sus necesidades espirituales, al despliegue de su imaginación, a su relación con el entorno natural y social en el que está ubicado y, es por eso, que ha contribuido a dar una imagen auténtica del mundo subjetivo del hombre.

El Caribe no sería nada sin sus mitos. Sería un mundo desarraigado, vacío, una gran escenografía

monumentalmente hermosa pero hueca, por lo que podemos decir que nuestro entorno tropical «es uno de nuestros principales mitos». Aquí la luz, el color, la forma, se convierten en invenciones para todos y cada uno de los hombres que habitan esta parte del mundo, a veces de manera inconsciente, otras observándolos y recreándolos luego por medio del estudio paciente y minucioso al que se aplican las mejores y más depuradas técnicas artísticas. La plástica cubana tiene en su haber nombres como Wilfredo Lam, Roberto Diago, Manuel Mendive, verdaderos cultores del mito en su más amplia manifestación, así como también Arnaldo Rodríguez Larrinaga y Reynaldo López.

Cada uno a su manera ha apresado los mitos de origen yoruba traídos a estas tierras por los hombres que en contra de su voluntad atravesaron el mar en un solo sentido, haciendo en estas tierras, sin proponérselo, una labor de fundación, una obra de cultura.

* Escritora e investigadora cubana.

Lam, Diago, Mendive, Larrinaga, López, han transitado ese mundo que no por gusto está ligado, por no decir surgido de las entrañas del pueblo, al que estos creadores pertenecen y del que son sus más genuinos exponentes en el campo de la plástica cubana cuando de identidades hablamos. Su obra rezuma la antigua sabiduría yoruba, arará, conga, con su impenetrable filosofía, con su inconmensurable aliento poético, con su forma de abordar la vida, la muerte, el amor, la furia.

Nos ocuparemos aquí de la obra de Arnaldo Rodríguez Larrinaga y de Reynaldo López. Cada uno con una visión distinta del mundo que lo rodea y, por ende, con diferentes formas expresivas y hay, sin embargo, en ambos, el hilo conductor de una cultura amasada con sangre y dolor, pero también con esfuerzo, sacrificio y una voluntad de hierro para no dejarse vencer por las dificultades.

En Larrinaga nos adentramos con cautela en un mundo mítico, mágico, pero, también, filosófico, en donde la Tierra con sus misterios y las deidades que la habitan en lo profundo (Yansá, Obba, Yowá, los Eguns o Muertos), los inescrutables veintiún caminos de Elegguá, Dios u Orisha de las encrucijadas, el futuro, el destino, la vida y la muerte, por donde transita el Orisha abriendo brechas o torciendo caminos, envuelto en un misterio que data de milenios, travieso, pendenciero, cruel, pero siempre presente en cada uno de los avatares por los que se desarrollan los destinos humanos perseguidos por Eshu, la tragedia misma, el silencioso mundo de Yansá, Orisha o Diosa relacionada directamente con el fenómeno de la Muerte, de la que nadie está exento y en la que nos refugiaremos con la seguridad de volver a comenzar el portentoso prodigio de la vida y los Muertos o Eguns, con sus poderes y su función revitalizadora y polarizada de la existencia, son, por nombrar sólo estos, algunos de los temas que el mundo plástico de este Artista nos entrega incitándonos a la aventura y, también, a la reflexión.

La recreación de un universo a veces onírico, profundamente íntimo, en donde el intelecto y el sentimiento se dan la mano en forma conjugada para ofrecer un resultado altamente artístico con una gran carga poética y filosófica sólo capaz de ser entregada por alguien con un dominio de todos los elementos expresivos, los cuales pone a su servicio en la ardua tarea de mostrar un mundo interno complejo y rico, capaz de procesar en filtros mágicos la inconmensura-

ble herencia cultural de sus ancestros para convertirla en eso y otra cosa al mismo tiempo, pues, en Larrinaga, están presentes en su yo de hombre y de artista los Eguns o Muertos, los Ancestros, los Orishas, la Tierra, pero con una presencia sugerida en su obra, en muchos casos para darnos la posibilidad de entrar con sigilo y compartir con él el descubrimiento de cada elemento, la complicidad en el hecho plástico, convirtiendo al espectador en hacedor del mismo, posibilidad que entrega el creador a todo aquel que se acerque a su obra con la pupila limpia y el alma sin prejuicios.

Entonces, seremos dueños, descubiertos por nosotros mismos, de los Misterios de la Tierra, que comienzan en la superficie de ésta y se van haciendo más densos, más impenetrables a medida que nos adentramos en ella, en su mundo hermético, de húmeda oscuridad, poblada por mil y una criaturas, Orishas Eguns, todos amalgamados en ese reino de silencio. Seremos observados por ojos que no pertenecen a ninguna cara o advertiremos la sonrisa que no pertenece a ninguna boca. Así, entre claroscuros, sombras, una inigualable utilización de la luz, seremos por un momento habitantes, descubridores y dueños del reino de esa Madre que nos lo ha dado todo con la única condición de devolverle al final un pequeño tributo a nosotros mismos.

Transitaremos por cada uno de los veintiún caminos de Elegguá en busca del amor, la fortuna o la muerte, o giraremos en los remolinos eternos con que Yansá distribuye la enfermedad, mensajera hacienda de la muerte y aprenderemos que en el más absoluto silencio o en la más cruenta soledad siempre están con nosotros, haciendo su viaje interminable, los Muertos.

Reynaldo es otra cosa. Alimentado por el mismo origen, utilizando los mismos presupuestos comunes a hombres de la misma cultura, amantes de ella, forjadores de un mundo plástico que en ningún momento se aparta de su realidad, sino al contrario, se sumergen en ella para beber todo el tiempo la savia que los hace producir con esa fuerza, ese brío y ese ardor que marca el camino de toda su obra, va en otra dirección. Huye y se adentra en el Monte, recinto sagrado de los Orishas o Dioses, lugar al que no puede entrar sin permiso o lleno de la ignorancia y osadía que nos puede hacer pagar un precio bien alto. Reynaldo entra, acompañado de Osain, dueño de ese recinto vegetal, franqueadas sus puertas y veredas por Elegguá, en busca de la espesura, como en busca de

yo interno para encontrar y entregarnos un mundo lleno de criaturas imaginarias, donde galopan los animales de sacrificio, las crines enredadas con zarzas y malezas y flores, por lo que no nos extraña ver pasar un chivo marcado en su grupa con el inconmensurable eje de Olórun, él que «con su ojo es el creador y dueño de la luz, de todos los fuegos y colores, del aire, del aliento, del soplo de vida, el ánimo, el esfuerzo, el vigor la vida misma» porque es el Sol, sin el cual toda forma de existencia quedaría extinguida de la faz de la tierra, ojo a través del cual nos escudriña Oloddumare, Olófi, lo más alto, grande e inasible, el Creador, el Dios, la Suprema Inteligencia, la Fuerza misma. No hay tronco vivo o muerto, rama u hoja en la que los ojos del Artista no se detengan con afán creador para descubrir una forma, un color, la ausencia misma del arte diluido en la más pequeña obra de la Naturaleza a la que ama. Aquí encontraremos animales en fuga o vueltos con frenesí violento, dispuestos a devorar al que ose disputarle una sola pulgada de terreno, de su terreno, en el que aman, viven y, alguna vez, morirán para trascender entonces al mundo de lo real y habitar el mundo de la magia del Artista, en donde corazón, imaginación, sentimiento y mente se unen dándonos en entrega, a veces apacible, otras violenta, el soplo de libertad que vive en cada hombre.

Ahí están los toros que cruzan el recinto sagrado cansados de una carga quizás demasiado pesada para ellos o arrolladores, insertos en un espacio tal vez demasiado pequeño para su fuego y, en todos ellos o en algunos, un estallar de color, una fiesta de fuego en la que a veces parece que éste y no el pincel del Artista ha provocado aquella locura de tonos, iridiscencias, zonas de luz y sombra.

En el centro del monte, Oggún Orisha dueño del hierro, forjador eterno del metal, quien fue a pagar por voluntad propia una culpa proveniente de sus ijares y de ese fuego que no se extingue nunca en él, haciéndolo irascible, difícil de apresar, sumido en un profundo meditar, sombra que parece dominar por momentos el alma del Artista.

El Monte es un santuario y como tal hay que entrar en él, con el respeto y el recogimiento necesarios pues hasta la más mínima hierba tiene vida y puede enviar la posible ofensa al dueño de toda esta magnificencia. Así entra Reynaldo, respetuoso, solemne, conociendo todo lo que se esconde detrás de cada liana, de cada flor

silvestre, de cada palo misterioso con poderes inusitados. El sabe la fuerza que existe detrás de cada hoja por diminuta que sea y en busca de esa fuerza se adentra en la magia vegetal de una de las creaciones más perfectas de la Naturaleza. Vida y muerte son una sola cosa en el recinto de Osáín. Viven unos para que otros mueran. Unos caen para que otros se levanten. El eterno enigma de la vida que López nos entrega habita en la brillantez de una pupila, en la curva cansada de un lomo, en el testuz inclinado por el peso de una vida o el inevitable ingresar de la muerte. Ir al sacrificio es para estos animales una fiesta pues la muerte saben bien que no es el final sino uno de los tantos caminos que conducen al principio. Diversas técnicas utilizadas con la sapiencia del creador experimentado encontramos en este discurso plástico cargado de simbolismo. Y como la vida sin la presencia de la mujer no sería vida, aquí aparecen en su obra las Mujeres-Diosas, Orishas de la fecundidad, el amor, el mar, la guerra, la centella o la muerte, envueltas en una lasitud que sugiere e incita en el abandono de una mano o el alarido de unos pechos turgentes que terminan con pezones de frutas. Todo lo hallamos en el Monte, natural o transitorio hábitat de esta figura femenina, sólo depende de la actividad que en él realice y todas con su solitaria y misteriosa cabeza de Luna.

Con un dibujo que ni la magia del color puede disimular, rastreamos en la obra de este hombre antiguos mitos, viejos símbolos devenidos actuales o mejor, con mensajes de ayer y de hoy, vigentes por el quehacer del Artista que se sumerge en la vida y toma de ella lo bueno y lo malo («obí tele, ofó tele», como dirían los yorubas) para plasmarlo luego en su obra, sin exotismos, con una carga existencial muy grande y con esa filosofía intrínseca, profunda, que viene de siglos y se renueva, pues, no es algo estético, sino cambiante como el mundo al que pertenece su creador.

Lam, Diago, Mendive, López, Larrinaga, todos son caras de la misma moneda, una moneda antigua que ha rodado por muchas manos llevando la impronta de cada una de ellas hasta convertirla en nueva, con otro valor, pero manteniendo la esencia del principio, que no por azar el mundo a que pertenecen se renueva día con día, quedando en el sustrato lo verdadero, lo genuino, la poesía que hay encerrada en la imaginación o la imaginación que habita y se enseorea en la poesía.

SUSCRIPCION, CANJE E INTERCAMBIO DE INDICES

Las personas o instituciones interesadas en recibir o canjear la Revista Escena pueden dirigirse a:

REVISTA ESCENA
VICERRECTORIA DE ACCION SOCIAL
UNIVERSIDAD DE COSTA RICA
APARTADO 2060
SAN PEDRO, SAN JOSE
COSTA RICA

Para recibirla se ruega consultar la lista de tarifas expuesta a continuación (con el flete aéreo incluido):

	(Dólares U.S.)
Centroamérica	Valor unitario
	\$5
Suscripción anual	\$9
Resto de América	Valor unitario
	\$6
Suscripción anual	\$11
Europa, Africa Asia y Oceanía	Valor unitario
	\$11
Suscripción anual	\$21

Dentro del territorio nacional el valor unitario de la Revista es de ¢400, la suscripción anual es de ¢800.